

Las imágenes son el instante detenido que se revela como testimonio consecuente de la historia que se quiera percibir.

Su percepción es subjetiva y susceptible a las emociones que ellas provoquen a los sentimientos que ellas despierten o evoquen. La contemplación supone una traición al tiempo a través de la mirada que ahonda y abre los ojos hacia dentro; a través del estímulo cromático que concede al blanco y negro el afecto o efecto de memorándum.

Con la primigenia intención atlética, la exposición trasciende, va más allá de los nombres y su pronunciamiento o también de un recital de hechos laudatorios; quiere ser expresión de las secuencias que permanecen vivas y dignifican el presente. El encuentro con cada una de las imágenes y su conjunto alcanzan la magnitud pretendida cuando el pensamiento las transmuta con unívocos y múltiples significados o interpretaciones.

Podrían estimarse como retratos individuales o colectivos que activan la memoria para situar la realidad en su contexto, sentenciar datos y concluir importancias. Retratos de vidas, de tiempo entregado que sigue creciendo en el testimonio heredado, en las lecciones recibidas, en el aprendizaje interesado y desinteresado, en la dinámica necesaria para las continuaciones, en la ejemplificación precursora, en la constancia para ilusionar metas, en las pasiones que crean mundos posibles, en el aliento que sostiene el esfuerzo, o en el sacrificio no pensado.

La vista artísticamente, desde los clásicos fue considerada el sentido más privilegiado, porque permite recrear la imaginación, las sensaciones y emociones para situarnos en la dimensión real percibida.

El factor atlético es el detonante que navega por la memoria, para anclar y desanclar en esta singladura con muchos puertos y sin meta trazada.

En la voz, reside la concreción de lo que ha sido, de lo que aún sigue siendo...